

La fin de l'hospitalité

Autores **Le Blanc, Guillaume y Brugère, Fabienne**

Editorial **Flammarion, Paris, 2017**

Reseña bibliográfica **Pamela V. Morales**

En 1979, los dos intelectuales franceses más importantes de sus tiempos, Raymond Aron y Jean Paul Sartre, se reunieron –luego de 32 años sin dialogar ni encontrarse– en los escalones del Palacio del Elíseo, ante el presidente Giscard, para pedir el asilo de miles de refugiados provenientes de Vietnam y de Camboya. Ahora bien, ¿quién actualmente está interesado en el destino de los refugiados y migrantes? ¿Por qué la hospitalidad dejó de ser un valor político impulsado por los Estados para convertirse en un mero valor privado defendido por los individuos? ¿Cómo han cambiado nuestras sociedades receptoras para convertirse en sociedades expulsoras de migrantes? En *La fin de l'hospitalité*, los filósofos Guillaume Le Blanc y Fabienne Brugère intentan dar respuesta a estos interrogantes.

Luego de recorrer diferentes campos de refugiados en Europa, los dos filósofos buscan rastrear los orígenes del sentido de la hospitalidad. Allí se encuentran con que, desde la Antigüedad hasta la Ilustración, desde la Odisea de Homero hasta la Paz Perpetua de Immanuel Kant, la hospitalidad se relaciona con una extraña ambigüedad proveniente de una fórmula familiar que se podría sintetizar como “siéntase como en casa”, en la que se propone un intercambio de lugares entre el anfitrión, el que recibe y el invitado, el que es recibido.

De esta manera, se detecta que el valor antiguo de la hospitalidad surge de un sentimiento hacia el otro, un deseo de ayudar, recibir y hospedar al que lo necesita, al que está en peligro; de la convicción de que la existencia es digna de atención y consideración. Kant ha proclamado que, dado que la tierra no pertenece legalmente a ninguna nación o individuo, nadie tiene “más derecho que otro” a un lugar en ella. Pero la modernidad y la instalación de los Estados nacionales como sedes territoriales de las comunidades políticas han permitido que estos últimos se adueñen del espacio levantando fronteras y asumiendo la prerrogativa de decidir quién debería pertenecer dentro de ellas.

La creencia de que la mezcla es un enriquecimiento y de que el mundo de uno necesita el mundo de los demás ha cedido frente al miedo a ser contaminado y absorbido por otros. El extranjero ha dejado de ser un invitado al que se le pide que ingrese a su hogar para convertirse en un mendigo sin futuro, un intruso temido, un invasor potencial, un alborotador virtual que debe ser rechazado. Es, en este sentido, que los autores consideran que la migración se ha despojado de toda legitimidad y se ha convertido en la figura que representa la alteridad radical repulsiva.

Es por ello que Brugère y Le Blanc insisten en la absoluta necesidad de repensar la hospitalidad como un valor político y no solo considerar la llegada del extranjero desde una mirada moral. Si ayer el extranjero fue considerado un invitado, hoy el migrante es tratado como un objeto que debe ser eliminado y con quien no queremos tener ninguna relación de vecindad.

“Se ha vuelto inimaginable reclamar una solución decente a la crisis de refugiados porque vivimos con miedo”. Además, el extraño, que “podría ocupar su lugar por el hecho de que venía de otro mundo, asegurando una especie de paso entre aquí y en otros lugares”, fue despojado de todo carácter sagrado. Ya no es a quien le debemos la hospitalidad porque es un extraño.

La pregunta, entonces, que los autores se hacen es ¿la hospitalidad ha terminado? La respuesta es ambigua: “en Calais, en Grande-Synthe, en Lampedusa, en Ventimiglia, en Tempelhof, en todos los campos de Europa y fuera de Europa, los voluntarios acuden sin dudar”. Un impulso nacido “de la certeza sensible de que cualquier vida es igual a cualquier otra vida”. “Los reclamos están surgiendo de aquellos que están luchando por una Europa de ciudadanos y no gobernantes. [...] Prácticas de la hospitalidad se multiplican en diversos países europeos, llevadas a cabo por personas anónimas que apoyan a los refugiados sin pedir nada a cambio”¹ (p.15). Es decir, los campos donde habitan los refugiados y migrantes siguen siendo los símbolos de esta mezcla de bienvenida y rechazo que revela el estado de una sociedad que, al tiempo que defiende su seguridad, tiende a relegar la hospitalidad al dominio privado de la ética.

Desde la llamada “filosofía de campo”, los dos investigadores no solo visitaron los más importantes centros europeos para inmigrantes, sino que además reunieron sus testimonios. En sus 240 páginas el libro no solamente cuestiona el uso moral y ético de la hospitalidad: también hace visible la necesidad de repolitizar la ética de la hospitalidad más allá del rol del Estado y sus gobiernos. Pero la hospitalidad, este “cuidado apropiado para las vidas se hizo vulnerable. Esas vidas que podrían [...] ser nuestras”, no pueden ser solo una cuestión de ética individual o mero voluntarismo. Porque también implica “un riesgo, una prueba existencial”.

Es por ello que los autores abogan por una dimensión política de la hospitalidad, “por una República benevolente/benévola”. Debe tenerse en cuenta que el cuidado de los demás tiene un valor político: “La recepción de aquellos que están en peligro en su país de origen es necesaria para la paz del mundo. Esto se relaciona con una reflexión sobre el cuidado, que se niega a abordar el pensamiento político desde el ángulo exclusivo de la oposición entre amigo y enemigo, una posición que se encuentra tanto en la extrema derecha como en la extrema izquierda”,² afirman los autores.

En conclusión, es urgente aprender nuevamente a ser vecinos unos de otros desarrollando una política de hospitalidad que articule tres acciones: ayudar, acoger y pertenecer. —

¹ La traducción me pertenece.

² Ídem.